

ANECDOTARIO MORAL

Joven fogoso. . . heroe sexagenario

A los enfermeros.

Solo al nacer, causó alegría a sus padres: a su viejecita madre, que por muchos años en vano había deseado tener un hijo: a su padre, porque vino al mundo tan grande, tan grande, que casi podía ya ir a la escuela. En lo restante de la vida, mientras vivieron sus padres, Camilo fue la pesadilla de la familia. Sereía de los consejos de los ancianos, esquivaba las labores infantiles, o diaba los baños de la escuela. Sus preocupaciones eran vagar por las plazas, correr por los campos de olivos, trepar a los naranjos, afinar la puntería tirando a los pájaros, pasarse las horas muertas debajo de una higuera o al abrigo de una pared medio derruida, jugando a las cartas. A los doce años era un jugador empedernido. Tal vez le arrojen de casa, o le reprendan y traten duramente: Camilo dormirá a la intemperie, comerá alguna hierba silvestre o alguna fruta del arbol del vecino, pero seguirá jugando a los dados y a los naipes: la baraja es su libro de día y de noche. Camino de Venecia pierde a su padre, que le deja por toda herencia un arcabuz y una espada. Pasa hambre, sufre los dolores de una llaga en la pierna y el ardor de una fiebre pertinaz: rechazado por los pobres Franciscanos, en cuya orden pretende entrar, solicita y logra una plaza de enfermero en el hospital de Incurables de Roma. Maravilla se⁷ta que el joven fogoso atienda al servicio de los enfermos. Se escabulle ahora del hospital, como antes de la escuela; busca la compañía de los tahures, pásase las tardes divirtiéndose en las margenes del Tiber con los pescadores y los barqueros: arma broncas, juega a todo pasto, es despedido del hospital y otra vez se encuentra en la calle con los bolsos vacíos y la violenta ⁸gocosidad de veinte años. Bajo la presión de la necesidad presente, entra a sueldo